

La Trotaconventos.

ORIGEN LATINO DEL CELEBRE PERSONAJE DEL ARCHIPRESTE DE HITA

La literatura española ha sido generosa en la creación de personajes arquetipos, tan arraigados en la mentalidad ibérica, tan ricamente contruidos y tan espléndidamente modelados, que al adquirir vida, por el mágico soplo de quienes los crearan, cobran valor de eternidad, reflejando un eco que aún persiste en la manera de las gentes españolas. Don Quijote y Sancho viven hoy en España con su perfil físico y su gran corazón. Y alientan también en la Península el Don Juan, que trazara Tirso de Molina y repitiera al modo romántico Zorrilla y la pícaro Trotaconventos, recreada magistralmente por Rojas, en su inmortal Celestina.

Y si nos preguntamos por qué es que la Trotamundos y la Celestina logran adquirir tan grande popularidad, es fácil deducir que ello se debe a que son producto de una época, que es la cristalización medular de lo hispánico. Ellas representan el feliz hallazgo, la maravillosa solución, al eterno problema de la carne, que, por conceptos y caracteres peculiares, se agudiza en España, en donde el fuerte temperamento español se enfrenta al terrible concepto místico de la virginidad. Para conservar la honra se encierra a las damas en almenados castillos de recias puertas. Y las madres custo-

dian celosamente el pudor de sus hijas virginales, pero al fin y al cabo mujeres, temperamentamente ardientes y sensuales, porque muchas tienen de moras y de meridionales. Este problema que se presenta en toda Europa medioeval, adquiere en España tono extraordinario. En Francia la desfloración de la mujer fué un drama, mejor podríamos llamarle una comedia dramática. En la lirica valona del siglo XIV "el amor es una eterna esperanza, con idea de una posesión en el más allá". En Italia, en la misma época, el divino Dante idealiza y sublima su deseo por Beatriz. Pero en España, la de la tierra roja y el sol ardiente, el amor es tragedia, envuelta en sangre y llanto. Y ese horrible problema de la separación de la amada lo soluciona el ingenio español con la Trotaconventos y la Celestina, resolviendo pícaramente un problema trascendental y eterno.

De allí la importancia que cobra el estudio del personaje de la Trotaconventos. Lo reducido del tiempo y del espacio de que disponemos nos obliga a concretar este estudio, estrictamente al origen y antecedentes de la que podríamos llamar "arquetipo" de Celestina.

Veamos como nos la describe el "non sanctu" Arcipreste de Hita, en su famoso Libro del Buen Amor; la comedia humana del siglo XIV. En realista y coloreada pintura la retrata Juan Ruiz diciendo por intermedio de Don Amor, que aconseja al Arcipreste una mensajera para llegar a la dueña:

"Puña en quanto puedas que la tu mensajera
sea bienrazonada, sutil e costumera:
sepa mentir feroso é siga la carrera
Ca mas fierbe la olla con la su cobertera.
Si parienta non tienes a tal, toma d'unas viejas,

Que andan las iglesias e saben las callejas:
Grandes cuentas al cuello, saben muchas consejas,
Con lágrimas de Moysén escantan las orejas.
Son muy grandes maestras aquestas paviotas,
Andan por todo el mundo, por placas e por cotas,
A Dios alcan las cuentas, querellando sus coyotas:
¡Ay! ¡quanto mal que saben estas viejas arlotas!
Toma de unas viejas, que se faser erveras,
Andan de casa en casa e llámanse parteras;
Con polvos e afeytes é con alcoholeras,
Echan la moca en ojo e ciegan bien de veras.
E busca mensajera de unas negras pegatas,
Que usan mucho los frayres, las monjas e beatas:
Son mucho andariegas e merescen las capatas
Estas trotaconventos faser muchas baratas.

Pero es curioso anotar, que este personaje tan esencialmente español y que refleja las costumbres y el vivir de entonces, llega de afuera para tomar en España carta de ciudadanía. Como lo indicó, por primera vez, el eminente erudito Juan Antonio Pellicer, en la curiosa nota que comunicó a don Tomás Antonio Sánchez y que éste publicara en su colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV, "El libro del buen Amor", no sólo se inspiró en el "Pamphilus de amore", llamado también Comedia de Vétula, sino que el Arzobispo intercala en su obra, casi la quinta parte de él; y éso que ha llegado hasta nosotros con muchas mutilaciones, ya que ni aún se encuentra completo el manuscrito del Colegio Viejo de Salamanca.

Menéndez y Pelayo, en sus "Orígenes de la Novela", tomo IV, ratifica esta afirmación, diciendo que el Pamphilus en

el fondo, es el esquema, no sólo del episodio del Arcipreste sino de la propia Celestina. No es necesario, sin embargo, recurrir a posteriores eruditos para probar esta procedencia, cuando el mismo Arcipreste confiesa llanamente el origen de este episodio, al final de la parte referente a “De como doña Endrina fué a casa de la vieja e el arcipreste acabó lo que quiso”, y que dice:

Sy vyllanía he fecho, aya de vos perdón:
En lo feo del estoria diz *Pánfilo e Nasón*.

Comprobado lo anterior, se puede deducir que el personaje de la Trotaconventos debió inspirarse en la vieja (anus) que aparece en el segundo acto del Pamphilus, el “deus ex machina”, de la Tramoya. Si bien Menéndez y Pelayo manifiesta que esta doña Trotaconventos, cuyo verdadero nombre es Urraca, “es una creación propia del Arcipreste y ella, y nó las Dipsas de los Amores de Ovidio, ni mucho menos la vieja de Pánfilo debe ser tenida por abuela de la Madre Celestina”, en otra parte de su obra reconoce, sin embargo, que las figuras del Pánfilo adquieren movimiento en el Arcipreste y, luego, la comparación que hace del tipo de la Trotaconventos con el de la anus constituye el reconocimiento tácito de su estrecha relación. La misma descripción que él hace de la “anus”, como sutil ingeniosa y hábil medianera para los tratos amorosos”, podría indistintamente aplicarse a la Trotaconventos. Y es que Menéndez y Pelayo llevado por su hondo, aunque exagerado en este caso, sentido nacionalista, no exalta el verdadero valor del Pamphilus, —la primera comedia de amor que registran los anales del teatro— indicando, por el contrario, que la transformación que hace el Arcipreste es genial y luminosa, convirtiendo

el Libro del Buen Amor, en un cuadro de costumbres lleno de vida y lozanía, lo que en el original—afirma—no es más que una árida y fastidiosa rapsodia, un sentón de hemistiquios de Ovidio, una mala paráfrasis de algunas de sus lecciones eróticas.

Al mencionar a Ovidio en el párrafo anterior se nos presenta el interesante problema de la paternidad del Pamphilus. Durante muchos años se atribuyó esta obra al célebre poeta latino Ovidio. Aún en el tan completo estudio de Menéndez y Pelayo, éste no llega a aclarar el punto, pues sólo indica que fué su autor un poeta ovidiano de la latinidad eclesiástica, cuyas obras llegaron a confundirse con las de su maestro (aunque vemos que el Arcipreste las distinguía ya perfectamente). No nos dá pues el nombre del autor, sólo se refiere a la época en que fué escrita, que dice no ser tan antigua como la quiere hacer aparecer Baudouin, quien la remonta al siglo XII, en lugar de enmarcarla dentro de los siglos XII o XIII.

Para encontrar el nombre del autor del Pamphilus, nos ha sido necesario recurrir a Morafin, quien en su Discurso Histórico, que prologa su obra "Orígenes del Teatro Español" dice,—recogiendo el estudio de Juan Antonio Pellicer—que se atribuye la paternidad del Pamphilus, a Pánfilo Mauriliano, monje que floreció en la edad media, según lo indica Fabricio (Biblioteca Latino, tomo I pág. 227).

Hallada la relación existente entre el Libro del Buen Amor y del Pamphilus, así como la de los tipos de la Anus y la Trotaconventos, podemos seguir nuestro recorrido en busca de orígenes o antecedentes más remotos de éstos célebres personajes.

Aunque la mayoría de los autores consideran que Celes-

tina solo tiene como antecedente directo a Trotaconventos o cuando mucho a Anus, es posible llegar hasta Ovidio para ubicar la verdadera y primera raíz de estos picarescos personajes, suprema expresión de la persuasión diabólica. En efecto, bien puede ser la "Anus", el lazo de unión entre la Trotaconventos y la vieja "Dipsas" que figura en "Los Amores" de Ovidio ya que es sabido que la obra de Pánfilo tiene por única fuente al poeta de Sulmona, viniendo a ser, según Menéndez y Pelayo, la comprobación práctica del arte de amar ovidiano. Además, corrobora esta tesis, el hecho de que el drama antiguo tuvo una continuación erudita, que nunca faltó del todo, aún en los siglos más oscuros de la Edad Media. Hay en la literatura de los siglos XII y XIII un género curioso de comedias que tienen el mismo metro— a imitación de Ovidio—, y que se les designa con el calificativo de Comedias Elegíacas. Algunas como las de "Vetula" están completamente dialogadas y consta que fueron conocidas e imitadas en España.

Por último, el mismo Menéndez y Pelayo reconoce que "Dipsas" tiene rasgos comunes con Celestina por: "la embriaguez, la hechicería y el oficio que ambas ejercen de concertadoras de ilícitos tratos, así como la páfida astucia de sus blandas palabras y viles consejos"

Bien puede verse, además, por las frases con que Ovidio describe a Dipsas, las semejanzas que ésta tiene con la Trotaconventos y la Celestina. Así dice: "Existe una vieja llamada Dipsas. Su nombre proviene de su oficio. Jamás vió en ayunas a la madre del negro Memnón en su carro empujurado. Ducha en el arte mágico y en los encantamientos de colmos, hace volver hacia sus fuentes los ríos más rápidos. Ella conocía la virtud de las plantas, la del hipomanes.

Ella evoca el polvo de las tumbas a los abuelos y a los bisabuelos. A su voz se entreabre la tierra. Complácese en profanar el casto lecho del himeneo y no le falta elocuencia a su lengua emponzoñada". Amena y nítida descripción que bien podría adoptar y adaptar el Bachiller Fernando de Rojas para su *Celestina*, especialmente en aquel último atributo que es esencia medular del personaje.

Estas artes y maestrías de las Dipsas, Anus y Trotaconventos, son las que ha de seguir la *Celestina*, que en la tragicomedia de Calisto y Melibea llega a su perfección y se perenniza en el popular, hondo y definido personaje, que se ha de reproducir muchas veces en el largo camino recorrido por la literatura española y aún universal. Y es que no obstante su ascendencia latina, la concepción artística hispana es tan fuerte que sabe acoger y adaptar los personajes venidos de fuera, para arraigarlos dentro del paisaje y la psicología nacionales, hasta convertirlos en seres típicos de su literatura, que luego, por encanto de la singular adaptación, enriquecida por los propios contornos, logra influir en la literatura de otros países.

Así la *Celestina*, personaje que España recibió de la latinidad es lanzado a través de los Pirineos para que recorra el mundo de la fantasía llevando en su seno el sello peculiar e indestructible de la raza.

ALEJANDRO MIRÓ QUESADA GARLAND.
